

## ***Ella que siempre bailaba, ella que nunca besaba***

*Las tres hermanas, Ángela, Virginia e Irene compartían los ojos verdes de su padre, la afición por la lectura, los viajes y una extraña forma de ser y estar que a veces las alejaba de todo para sumirlas en algún lugar lejano, pero dentro de ellas.*

*Todo había sucedido tan rápido desde abril de aquel mismo año que apenas habían tenido tiempo para asimilar tantas emociones. Ya era diciembre y estaban a punto de culminar una etapa que había comenzado con el fallecimiento de su abuela paterna, Elvira. Con parte de la herencia sus hijos quisieron hacer un homenaje a su madre con el objetivo de que los nietos de Elvira aprendieran algunos de los valores que ella siempre les transmitió a sus hijos. Se eligió Kenia porque uno de los hijos de Elvira vivía allí y podría organizar un viaje al Masai Mara para que además de paisajes, y animales, los nietos de Elvira conocieran otra realidad diferente, se conocieran mejor entre ellos y entendieran de una forma práctica valores como la tolerancia, el respeto por los otros y el sentido de la familia. Pero para ellas tres la aventura no terminaba ahí, su padre les pidió que a la vuelta lo contaran, que grabaran aquello en sus retinas, cámaras y los diarios que les regaló antes de salir para que nada se perdiera por el camino. Ese era para ellas el final del viaje y aunque aún no lo sabían era también el inicio de muchas otras cosas.*

*Cuando las luces de aquella sala de prensa donde presentarían su viaje se apagaron las tres se preguntaban si realmente serían capaces de transmitir a todas aquellas almas siquiera una pequeña parte de todo lo que habían sentido. El silencio se apoderó de aquel lugar y de forma repentina todos los que allí estaban aterrizaron en el aeropuerto de Nairobi, era el inicio de septiembre de 2006 y medio dormidos y cansados por las horas de viaje comenzaron a sentir el olor de las acacias, de los masais, de una tierra lejana y desconocida, de la libertad...*

Apenas estuvimos 24 horas en Nairobi pero su olor se quedará grabado en mi memoria para siempre. No sabría explicar a que huele pero sí lo que me hacía sentir. Tuve la sensación de que todo estaba desordenado pero a la vez en su sitio, de que la gente estaba feliz y a la vez triste, de que iba a llover aunque el sol se asomaba en los últimos días del invierno de allí. Mis compañeros de viaje, éramos once en total, parecían entusiasmados y acelerados haciendo fotografías, divertidos, despreocupados. Mis hermanas Virginia e Irene estaban también sumidas en esa vorágine aunque a veces me miraban cómplices diciéndome con sus ojos que sentían lo mismo que yo. Tenía como siempre una doble sensación, por un lado quería adentrarme en aquel mundo y ser capaz de entenderlo en todos sus ámbitos, sentir todas las cosas nuevas con la intensidad que merecían y dejarme llevar por todo lo que fuera surgiendo sin pensar si sería capaz de hacerlo o no. Me sentía completamente seducida por aquel lugar, de alguna manera hacía que me sintiera yo, libre, sin ningún tipo de inhibición, pero a la vez sentía la necesidad de huir como si de un amor imposible se tratase, como si la entrega a ese lugar significase la entrega a un amante feroz, capaz de dejarme sin aliento y el cual se iría después de haberme devorado. ¡Mi mente viajaba tan rápido! También pensaba en ella, en mi abuela, en lo que hubiera pensado si hubiera sabido de nuestro viaje, en la última vez que la vi con vida y en que hacía mucho que se me había olvidado como sonreía porque ni sus ojos claros, uno con tonos verdes y otro grises, sabían ya expresar algo alegre. Nunca entendería como fue capaz de acumular tanto dolor, aunque podía imaginar cuánto amor había desencadenado ese sentimiento, pero no dejaba de preguntarme si realmente merecía la pena el no haberle perdonado nunca aquella traición al amor de su vida, mi abuelo.

Después de unas horas de viaje hicimos una parada para observar una vista increíble desde un mirador desde el cual se veía un valle muy amplio con pequeñas elevaciones que parecieran seguir una dirección y tenían forma de volcanes. Estábamos en el *Gran Valle del Rift*. Aquel lugar tan especial me hizo comprender que la frontera entre lo vivo y lo inerte era solo una cuestión de

escala, aquel valle era una grieta enorme en la Tierra, un lugar que visto a escala de millones de años significaba un surco que comunicaba con el interior del planeta por donde pujaban por salir nuevos materiales, llenos de vida y ardientes que estaban justo por debajo de aquellas tierras que contemplábamos desde un lugar privilegiado. Algún día dentro de millones de años aquel valle sería el fondo de una gran océano, ¿acaso no era eso una forma de vida? ¿No se estaba transformando aquel paisaje en otro a partir del alimento del fondo de la Tierra? Aquella imagen viviría en mí como la prueba de que ella estaba viva, me había conectado con la Tierra y con su propio ritmo vital. Comencé a sentir que la velocidad de mis pensamientos se calmaba y todo mi cuerpo se acompañaba a ese nuevo latido que acababa de descubrir. Comenzaba a rendirme a los encantos de aquel lugar sin miedos.

Los primeros días transcurrieron a un ritmo frenético. El mundo se paraba cada vez que veíamos una jirafa, un elefante, un ñu o cualquier otro animal que captara nuestra atención. Nuestras cámaras disparaban rápidamente para no perder ni un instante de aquel momento, queríamos retenerlo todo y eso nos hacía perder parte de la esencia de aquel lugar, vivirlo con los cinco sentidos era más difícil de lo que pensábamos. Hasta que el mundo se paró definitivamente cuando nos encontramos con los primeros leones. Eran dos machos y estaban tumbados guarecidos bajo una sombra. Estuvimos tan cerca que estoy segura de que ellos podían escuchar los aleteos de nuestros corazones, todos latiendo al unísono, conteniendo la respiración y esperando cualquier movimiento que ellos hicieran. Mientras los observábamos uno de nuestros guías, Hagai, quien conocía muy bien la fauna y la flora de aquel lugar, nos contó que uno de ellos probablemente sufría de estrés pues tenía poco pelo y se le veía más demacrado que al otro. Yo no podía concentrarme en lo que estaba escuchando en tono suave y en un inglés con acento diferente al que siempre había oído. Sentía una ansiedad enorme, ¿cómo era posible que estuviéramos tan cerca y no hubiera, a excepción del coche, ninguna barrera física entre nosotros?, ¿qué pasaría si un movimiento nuestro hacía que ellos se pusieran alerta y dejaran de tener esa posición tan relajada, tan

informal, tan apacible? Era una delicia verlos de cerca y sentir toda la fuerza del rey de la selva allí. A unos metros de nosotros apareció un cachorro y detrás de él otros seis seguidos de dos leonas, la familia estaba al completo. Era tierna y a la vez sobrecogedora pero sobre todo inolvidable aquella escena.

Los cinco masais que nos acompañaron pasaban las horas del día bajo alguna sombra, pero al llegar la tarde su actividad se volvía más intensa, durante la noche no dormían cuidaban de nosotros como lo hacían de sus poblados y manteniendo el fuego siempre vivo. Era allí cerca del fuego donde casi cada noche fuimos descubriendo algunos secretos de su cultura, como los rituales de los hombres para consagrarse como adultos y guerreros.

Pudimos ver que las mujeres masai trabajaban en gran parte manteniendo cubiertas las necesidades básicas. Ellas traían agua y leña a las aldeas y en uno de nuestros paseos comprobamos lo pesadas que eran las cargas de leña. Una a una todas las mujeres que viajábamos intentamos soportar aquel peso y colocarlo a nuestra espalda sujeto por una cinta que se acomodaba en la cabeza. Sentimos una mínima parte de lo que podría ser llevar aquel peso caminando durante horas, descalzas y bajo un sol abrasador. Ellas también construían las casas donde vivían, las *manyattas* y los hijos que tenían eran cuidados por todos dentro de los poblados, independientemente de quien fueran. Ellas eran elegidas por sus maridos y no había lugar para nuestra visión del amor romántico. No podía imaginar mi vida así, me preguntaba si sería muy duro, si se sentirían frustradas. ¡Una voz en mi cabeza decía a gritos que sí y me recordaba a la voz de mi abuela!

Una tarde antes de que se pusiera el sol salimos a pasear para ver el crepúsculo, era uno de los momentos más bellos del día. Aquella tierra lejana, dorada y magnética nos atraía cada día con más fuerza atrapándonos con aquellos colores tan intensos. Los masais nos acompañaron y nos enseñaron cómo utilizaban sus armas. Dejaron que todos los hombres las lanzaran pero ninguna de nosotras pudimos siquiera tocarlas. Mientras Irene se revolvió con furia porque todo aquello le parecía inconcebiblemente machista, los demás lo aceptamos sin

rechistar, unos con respeto otros simplemente en silencio. En la cara de Irene reconocí algún gesto familiar, a Elvira aquello tampoco le hubiera gustado. Cuando llegamos a la parte más alta pudimos contemplar el hermoso paisaje, un valle lleno de vegetación de un verde inusual para aquella época del año y al fondo el sol se despedía de nosotros pintando todo de colores cálidos. Por primera vez todos pensamos a la vez en ella, Elvira ocupaba todo aquel espacio. Pudimos verla triste, lejana, fría pero sobre todo vimos como pedía que alguien le arrancara aquel dolor que la había consumido, no quería mantenerlo. Los masais percibieron en nuestras caras la tristeza y se dispusieron a hacer fuego para calentar al menos un poco aquellos corazones helados. Sin darnos cuenta fuimos dejando a un lado aquella visión fría y triste para sumergirnos en aquel fuego. Poco a poco nos fuimos sentando alrededor del calor y los masais comenzaron a entonar viejas canciones y a danzar como lo habían hecho siempre. Se movían de forma que nunca había visto, hacían que su cuerpo serpentease una y otra vez haciendo que todos sus adornos y collares emitieran sonidos que marcaban un ritmo. En unos instantes algunos se habían sumado a su danza y Virginia nos miró al resto con ojos de “¿por qué no?” mientras nos arrastraba de las manos. Comenzamos a movernos como ellos y sentimos como se escapaban la pena y el dolor que habíamos sentido unos minutos atrás y nuestros cuerpos habían recuperado el calor y la levedad para poder moverse mejor. Otros recuerdos de ella llegaron para quedarse, cómo cantaba, como sonreía cuando nos veía y nos consentía cuando nos quedábamos con ella, su forma inteligente de hablar y elegante presencia. Mientras la luz del crepúsculo nos bañaba pude sentir como alguien nos observaba desde unos arbustos a nuestras espaldas. Sonreía y se movía como nosotros o quizás con más gracia, no pude ver la cara pero si sus ojos que ya no reflejaban ningún dolor, uno de cada color brillando con aquella luz dorada del final del día. Esa noche soñé que bailaba con ella, con Elvira, como lo hacíamos en navidad y volví a sentir que era de ella de quien había heredado mi pasión por el baile.

Finalizamos el viaje en la región de Loita donde unos cien niños se encontraban perfectamente organizados en el patio de un colegio. Para darnos la bienvenida,

una voz decidida y dulce comenzó a entonar un cantico que el resto repetía con voces armónicas que transmitían fuerza, y las inquietudes, pasiones y dolores de un pueblo. No pudimos más que contener la respiración y a pesar del calor sentir que se nos ponían los pelos de punta. No entendíamos ninguna de sus palabras pero sus voces y miradas reflejaban la más sincera gratitud y vida, mucha vida. Aquello nos desarmó por completo y de un golpe todo aquel viaje cobró sentido. Los niños hacían preguntas de todo tipo una vez que vencieron la timidez inicial. Lo más curioso, no reconocían quien era chico o chica pues nuestra forma de vestir y los cortes de pelo les dejaban desconcertados. Antes de despedirnos nos escribieron en la mano nuestros nombres en su lengua, Irene sería *Naserian* (que curiosamente significaba también paz), Virginia sería *Nashipai* (que significaba libertad) y yo *Namyoma*, así llamaban a la risa. Nos fuimos fascinadas pensando que habían descubierto la esencia de cada una de nosotras sin apenas conocernos.

Habíamos pasado al lado de los leones, conocido la cultura masai y algunos de sus secretos (incluso aquellos que no nos gustaron), habíamos dormido con frío y pesadillas, pasado alguna noche en vela con la inseguridad provocada por una manada de elefantes que nos rondaba, habíamos pasado algunos días sin sentir el agua corriendo por nuestra piel, soportado algunas discusiones y tensiones entre nosotros, habíamos sentido la pena de un pueblo que veía como uno de sus guerreros se desvanecía en un hospital a causa de una neumonía...cada una de esas vivencias había alimentado la unión del grupo, mientras que aquella experiencia con los niños en el colegio nos hizo sentir más, mucho más tanto que ninguno ha sido capaz aún de expresarlo con palabras. Comprendimos que la satisfacción de dar superaba con creces la de recibir y hacía falta muy poco para que esto sucediera. Las personas que conocimos transmitían felicidad, integridad y sentimiento de comunidad por pertenecer a un todo formado por cultura, tierra y familia. Toda una lección que ella, Elvira, nos había enseñado después de dejarnos y que ninguno de nosotros olvidaría jamás.

*Las luces de la sala de prensa se encendieron y los aplausos de los asistentes disimularon algunos suspiros contenidos y lágrimas de emoción. Las tres habían*

*conseguido cumplir su misión, transmitir al menos una parte de lo que habían vivido pero sobre todo aprender de aquella experiencia. Naserian, Nashipai y Namyoma tenían un nudo en la garganta y se miraban con emoción, ninguna fue capaz de articular una sola palabra durante algunos instantes, apenas contener la respiración. De repente se miraron con los ojos muy abiertos, las tres habían sentido lo mismo casi a la vez, un beso frío en la mejilla. Se sonrieron y decidieron que la recordarían como la habían visto en aquella tarde bailando al ritmo de los masais, **ella que siempre bailaba, ella que nunca besaba.***

*Ángela Pañeda Sanz*

*7 de Mayo de 2009*